

cionales deliberadamente contruidos” (p. xviii). Llega a afirmar que “los modelos son verdades proferidas” (*ibid*). Las representaciones son pues, dentro de las condiciones que Wartofsky establece, objetos intencionales.

El autor enfoca más tarde los aspectos históricos que intenta explicar; piensa que su pensamiento, tal como ha sido esbozado, contiene la promesa de dar cuenta, históricamente y de una forma no-reductiva, del crecimiento del conocimiento.

Un grupo de los trabajos contenidos en el volumen trata de la noción de modelo en sí misma, otro grupo trata el papel activo de la representación “en dar forma a nuestra percepción y conocimiento, para que sirvan como guía heurística a nuestra actividad práctica o teórica” (p. xxii). Un tercer grupo de los trabajos es de carácter histórico. El trabajo sobre “Diderot y el desarrollo del monismo materialista” resulta de especial interés en un campo en que existe una carencia manifiesta de buenos ensayos.

Sería muy atrayente discutir, dentro de la perspectiva del conjunto total de los trabajos contenidos en este volumen, el sentido en el cual el autor llama a su propia posición “una especie de kantismo historizado”.

Este libro es particularmente interesante dada su manera no ortodoxa de enfocar los problemas de nuestra época filosófica; en este sentido encontramos que su lectura dará como resultado el conocimiento de un pensador crítico pero no menos constructivo.

MARIO H. OTERO

G.A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defense*. Princeton University Press, 1978; pp.

En estos días proliferan los homenajes a Marx con motivo del centenario de su muerte. Sin embargo, el valor teórico de esos homenajes es pobre. El libro de Cohen, publicado hace ya cinco años, puede verse como un homenaje anticipado de notorio valor teórico.

Cohen es consciente de las interpretaciones corrientes de Marx y piensa acertadamente que no resuelven los problemas de la teoría histórica de Marx, es decir, de su determinismo histórico, denominado comúnmente materialismo histórico.

Cohen ofrece una discusión inteligente, adulta, de tres temas centrales, a saber, de las fuerzas productivas, de las relaciones de producción a las que considera relaciones de fuerza —y una interpretación “tecnológica” del materialismo histórico (p. 29). La tesis “tecnológica” la resume Cohen así: “que las fuerzas productivas determinan fuertemente el carácter de la estructura económica aun cuando no forman parte de ella” (p. 31).

A la dificultad de si los factores estructurales como el derecho y la moralidad entran en la base económica, Cohen admite que sí intervienen, pero rechaza que esta relación destruya los conceptos de base y de superestructura (*cf.* pp. 231 ss), así como el techo no deja de serlo porque se apoya en las columnas. Por el contrario, los pilares sostienen al techo pero éste a su vez los vuelve más estables. Más importante aún es que los pilares explican el carácter del techo, pues el techo se colocó para impedir que sufrieran de inestabilidad.

¿Implica esto considerar al materialismo histórico como una teoría teleológica? Cohen piensa que el materialismo histórico es una teoría "funcional". El carácter funcional no requiere que los fines sean conscientes. Lo que importa es determinar que las relaciones de producción hacen que se desarrollen las fuerzas productivas y que la superestructura vuelve estables las relaciones de producción. Cohen piensa que ésta es la tesis crucial del materialismo histórico y sobre ella ejerce todo el poder de su análisis. Para ello, emplea dos capítulos; uno (cap. 9) lo dedica a esclarecer el carácter de las explicaciones funcionales. En él establece con detalle la tesis de que una explicación funcional no es ni puede reducirse al modelo hipotético-deductivo de Hempel.

En el siguiente capítulo Cohen enfrenta algunas objeciones a su interpretación funcionalista. Hay una objeción curiosa de acuerdo con la cual las ideologías se producirían para servir a los intereses de la clase dominante. Se trataría de una teoría histórica "de la conspiración". Esto parece escandalizar a los pensadores conservadores marxistas. Cohen replica diciendo, por una parte, que hay tales conspiraciones y cita casos concretos (p. 290). Pero, más interesante aún, elabora una explicación de tipo darwiniano de la génesis, desarrollo y establecimiento de las ideologías (p. 291).

Cohen piensa que la afirmación de Engels de que en última instancia la base determina la superestructura no está explicada. Y en verdad no lo está y no han podido explicar este punto crucial tantos y tantos ideólogos del marxismo (si lo pudieran hacer, ya no serían tan ideólogos, por supuesto). Pero esta determinación de la superestructura por la base es un artículo central de fe de los marxistas ortodoxos. ¿Cómo eliminarlo entonces y pretender que se está hablando del materialismo histórico?

Bueno —dejando de lado los conservadores sufrimientos de los ortodoxos— uno puede tomar dos salidas, no incompatibles entre sí. Se puede afirmar —y esto no es interesante— que con la interpretación funcional de Cohen se cambia la referencia de "materialismo histórico". Probablemente sea así. No importa mucho esta equivocidad ni el cisma al que puede dar lugar.

Más importante resulta una segunda afirmación, a saber, que la interpretación funcional es la mejor interpretación teórica que se puede dar de la determinación de la superestructura por la base. Si esto es así, enton-

ces alcanzaremos un resultado interesante, a saber, el único materialismo histórico teóricamente aceptable es un materialismo funcional; cualquier otra interpretación padecerá de lagunas en su explicación y será teóricamente insostenible.

Creo que éste es el argumento que Cohen avanza y que teóricos de la historia tendrán que aceptar o rechazar. Pero Cohen ha hecho otro servicio, a saber, elevar el nivel de discusión. Quiquiera que responda a Cohen tendrá que hacerlo con argumentos. Por este servicio debemos estarle grandemente agradecidos a Cohen.

No quisiera dejar la impresión de que el lector no encontrará otros muchos temas caros para el pensamiento político-social y económico. Me he limitado a exponer esquemáticamente la respuesta de Cohen a una perplejidad principal, pero el libro presenta una rica discusión en esos otros tópicos.

Tenemos por lo menos este motivo para conmemorar a Marx. La conmemoración se agrandaría si pudiésemos contar con una buena traducción del libro de Cohen a nuestro idioma.

ENRIQUE VILLANUEVA

E.D. Klemke (ed.), *The Meaning of Life*. Oxford University Press, 1981; xii + 269 pp.

Esta es una selección útil para plantearse uno de los problemas definitorios de la filosofía. Como en otros casos similares, la primera cuestión es si hay una o varias preguntas envueltas en la cuestión "¿Cuál es el sentido de la vida?".

Intuitivamente podemos reconocer un conjunto de perplejidades, incomodidades, deseos, impulsos y experiencias que rodean la cuestión, la alimentan y perpetúan. Lo que es más difícil es tramitar a la formulación de una pregunta que introduzca un problema filosófico acerca del sentido de la vida.

Resumamos esas características de la cuestión acerca del sentido de la vida: en primer lugar, debe haber una cuestión general, so pena de eliminar todo carácter filosófico. Luego se demanda que la respuesta que se ofrezca no solamente debe satisfacer en forma positiva la perplejidad intelectual sino también —¿conjuntamente?— proveer a los humanos de un motivo para continuar viviendo o, más aún, para mejorar su manera de vivir. Esto es, parece que de la respuesta debe desprenderse un criterio o razón positiva (que afirme algo) que elimine la actitud suicida o la actitud indiferente, etc.

Los positivistas declararon este tipo de cuestiones como cuestiones con un significado emotivo. No siempre tienen solamente significado emotivo, pero en todo caso hay que afirmar, contra los positivistas, que la cuestión del sentido de la vida no es una cuestión cuyo contenido